

*Agustín Andreu**

Fundamentación teológica de la razón poética

Resumen

Este artículo presenta la doctrina zambrana del origen del cosmos por desprendimiento del Ser, en expresión que recuerda a Scheler y al maestro Ortega. La filósofa prefiere hablar de desgarramiento o desgaje. Y dice haber síntomas de que la vida humana vivió un día en régimen, hoy perdido, de armonía y unidad. Platonismo y judaísmo, cada cual a su modo, intensificaron el desgarramiento y separación. Exiliada la poesía de la polis, va buscando la recomposición de la unidad de pensamiento y poesía, que sería la forma de una razón verdaderamente vital. En Juan 1,1-3.14, relacionado con la luz y tinieblas de Génesis 1, ve María Zambrano la fundamentación teológica de su doctrina de la razón poética.

Palabras clave: Zambrano, poesía, razón, judaísmo, platonismo

Abstract

The article presents the ideas of María Zambrano about the origin of the universe through dislodging of the Being (in the sense of to drive from a position of hiding, defense, or advantage) and the relations of these ideas with those of Scheler and Ortega. Zambrano recognizes symptoms of the past when human life lived in unity and harmony. Platonism and Judaism increased the idea of tearing instead of dislodging, and the poetic reason, exiled from the polis, was in the search of the unity of poetry and thought trying to re-establish a pure vital reason. In John 1, 1-3.14, related to light and darkness in Genesis 1, María Zambrano sees the theological foundation of her conception of poetic reason.

Keywords: Zambrano, Poetry, Reason, Judaism, Platonism

Fecha de recepción: 11 de enero de 2010

Fecha de aceptación: 8 de febrero de 2010

* Teólogo y filósofo. ausandreu@hotmail.com

1. Metafísica cósmica

La razón poética es la respuesta humana, ontológica y gnoseológica, a los trágicos o accidentados, en todo caso estrictamente misteriosos *desprendimientos* que dieron lugar al origen del cosmos, del hombre y, tal vez, de otros tipos de mente cósmica. La filosofía de María Zambrano, en la estela de la de don José Ortega y Gasset y sin duda de Max Scheler (en especial de su gran trabajo último: *El puesto del hombre en el cosmos*) es una filosofía en perspectiva cósmica. Es decir, (1) se ve al hombre y se plantea su estudio como el de un habitante del cosmos único e infinito, cuyo origen y razón de ser está muy lejos de estar aclarado, pero que es patente en el originado modo de vida del hombre, (2) cuya vida, principalmente mental o espiritual, está condicionada por alteraciones terrenas o históricas de su modo de conocimiento y otras circunstancias que habrá que aclarar, y (3) de un pasado y un futuro de trascendencia cósmica y personal que no hay que privarse de imaginar con fundamento, después de que la Física del siglo XX (Heisenberg, Schrödinger, Planck, Einstein, Jeans...) se rindiera ante la metafísica.¹

El de desprendimiento constituiría así un régimen de vida del ser mental cósmico, tanto de su origen originario o absoluto como de sus sucesivos nacimientos o desarrollos y de su ilimitado futuro o eviternidad. Y es una metáfora/concepto con su ambigüedad y todo, porque hay desprendimientos y desprendimientos: se desprende quien se despidе de alguien o de una situación cumplida, y se desprende también quien se libra de un peso o engorro –y ambas contingencias por razón en último término de una forma insuficiente o defectuosa de individuación (o consideración

de sí mismo, también) y por consiguiente de interrelación con lo otro y el otro.

Desprendimiento es metáfora que María Zambrano oyó a su maestro Ortega. Es metáfora de filósofo que, espinosianamente, se salta el problema del origen del ser, de tanto que siente su unidad. Ella emplea más bien la voz desgajamiento o desgarramiento (*OR 118*)² y también la de caída, no ajenas al maestro. Así que el hombre sería un desgajado o caído; y, como su ser es mental y espiritual, habrá que ver en qué consiste ese ser de logos/caído/de/logos, de mente/desprendida/de/mente, de inteligencia/desgajada/de/inteligencia. Las teologías cristianas han hablado de la creación ex nihilo, del mundo y del hombre, imagen de Dios. Un ser de imagen sería un ser de desprendimiento en cierto modo. María, filósofa-teóloga, emplea esa palabra bien consciente tanto del uso que de ella hacen las teologías confesionales cristianas, y la suya propia que es la católica, como de la insuficiencia de la misma para expresar el *misterio* de la creación y del ser. (Y el misterio es el clima, el medio de la vida, que no puede tener otro, de donde brota y donde *es* la vida, en el sentir y creer de María Zambrano). Esto es fundamental: acercarse al ser es acercarse al misterio, con tanteo y tacto, con temblor de respeto y generosidad (Aristóteles, Leibniz), de misericordia y piedad.

Hay dos desprendimientos: el originario, que es el del cosmos único y universal, desprendido de la nada repleta y desbordante de posibles, y el individual de cada ser viviente, particularmente el del viviente mental o espiritual. El primer desprendimiento, el del origen del cosmos, no es algo pasado en ningún sentido de la palabra pasado, pues el cosmos, si desprendido, tendrá un ser/de/desprendimiento, un ser que se está permanentemente desprendiendo de Alguien, un Alguien por cierto a quien eternamente se le desprende a

¹ Cfr. Wilber, K., *Cuestiones Cuánticas. Escritos místicos de los físicos más famosos del mundo*, Barcelona, Kairós, 2005, (8ª ed).

² Zambrano, M., *Obras reunidas*, Madrid, Aguilar, 1969. Véase aquí mismo la nota 8.

1 su vez el cosmos único y universal con su alud de infinitos destinos en libertad, el destino que somos los hombres y tal vez otros habitantes del cosmos con igual derecho y correspondiente o acomodada constitución cósmica. Ahí tenemos pues al ser como conjunto de desprendimientos, de relaciones esenciales de tendencia, de independencia relativa, de interferencia en todas las formas del amor y las posiciones del espíritu viviente. Un ser infinitamente problemático. Mas capaz de evidencias al abordarlo desde la vida, desde una razón vital.

2. *Discordia de la razón y la vida*

Puesto a vivir “a su modo”, como dice María, este desprendido que es el hombre produce un segundo desprendimiento, civilizacional diríamos. Porque no sin relación con el (desventurado o bienaventurado, en todo caso aventurado) ser de desprendimiento que somos, que es el hombre, a la mente o razón de éste le suceden a su vez desprendimientos dentro de su ser constitutivo, de su vida mental y expresiva. Y de hecho, a la civilización europea u occidental, maestra pretensa del mundo, se le ha desprendido, en virtud de su muy imperfecto saber o poco conocimiento, se le ha desprendido, *de la vida, la razón*: se le ha desintegrado el ser. (La voluntad queda también desprendida de la inteligencia) (*OR* 118). La razón se escapó por su cuenta, acuciada o necesitada por curiosas o históricas circunstancias, se escapó de la vida en general y de la suya propia o individual en especial. Se podía prever que tal ensayo o intento acabaría monstruosamente. Y en efecto, acabó deformando la vida individual y común, deformándola y convirtiendo el camino humano, interior y exterior por así decirlo, en un infierno de confusión, porque el infierno es pura confusión o tiniebla. (Exterior ha de significar, precisamente en contra del errado espíritu de

la modernidad cartesiana, más allá de interior o reflexivo, intencionalidad constitutiva del otro para mí y en mí. Lo cual no podía menos de comportar un modo o tipo de política).

La economía o régimen de vida del hombre, de la vida humana, será siempre, y es formalmente para María Zambrano, una economía del logos, de logos, porque el hombre es mente de mente, inteligencia de inteligencia, pero “inteligencia de la vida de un Logos o Verbo en el cual estaba la vida”, y la era (*in Verbo vita erat*) (Juan, 1, 3). Mas si el hombre cae y decae en una situación en que se “altera” la circulación de la inteligencia de la vida, luego, en ésta misma, serán sistemáticas las degradaciones o degeneraciones, enfermedades precisamente mentales, espirituales: lo que estamos viendo. Cabe hacer hipótesis de lo que fuera la vida humana en situaciones de mayor cercanía de la vida y el logos, un hombre de vitalidad espiritual creciente; y son de encontrar tales fantasías en María Zambrano, en eco de fábulas de Leibniz y Baudelaire y de otras lecturas religiosas de diverso tipo. En esa dirección van elucubraciones como la de *Un mundo feliz* y otras fantasías astronómicas o astronómico-biológicas (G. Gusdorf, Swedenborg), que buscan entender a los seres de libertad en un modo de alcanzada unión recíproca mutua y universal.

Ahora, como la filosofía es samaritana, hospitalaria, y más aún desde la metafísica, el Logos divino no puede menos de buscar remedio para esta vida desgarrada del hombre, que tanto costará enderezar precisamente porque el hombre es un ser/de/libertad y no madura jamás de veras ni acierta a entonar su destino más que en y mediante experiencias de libertad cósmica, personal y universal. Ese trabajo de rehabilitación, por emplear un vocablo que no asuste, y luego de nacimientos,³ es el que se

³ Cfr. Zambrano, M., *Obras reunidas*, ed. cit., p. 27. Porque “en verdad, ser es imposible, ser como criaturas sin más. Lo que quiere decir: como criatura nacida de una sola vez y pasivamente”. Comentaba así María la constatación dramática de la discípula de Alain: “la vida es imposible” (Simone Weil). “En el principio es la acción” quería Goethe, pero una acción, digo, de Palabra, del Verbo, de la victoria sobre la tiniebla y no del paraíso oscuro que se hace el hombre.

impone la razón filosófica y propone la filosofía zambraniana de la razón poética.

Porque hubo “un estado anterior al en que se encuentra [ahora el hombre], en que se sabía mejor, un estado de orden y de mayor intimidad en la totalidad del Universo”; “un tiempo anterior a la filosofía”,⁴ “un mundo perdido ya”, donde para conocer no hacía falta sacrificar ni juzgar y ni sentenciar.⁵ “Se sabía mejor” –nada menos, que “el ser humano que conocemos...”. He ahí una precisión que vale para toda la obra de María: el hombre no está en su lugar de designio originario ni en el estado propio de un ser de pensamiento con intimidad, y adecuado a su dentro. Sería de gran interés atender la lectura zambraniana de Génesis cap. 3, el llamado pecado original y la mitología griega paralela. Y las otras. ¿Hubiera hecho falta, en ese estado anterior, la filosofía, o ésta es un saber de emergencia, una escuela para desvalidos y casi desahuciados seres mentales? La mitología recuerda ese estado anterior, y el filósofo Platón, con su invento consolidado, la filosofía, no ha mejorado el estado decaído del hombre, sino que le capacitó para caminar de otros modos y tal vez modos de perderse, si nos atenemos a la historia del hombre occidental –si lo que ha hecho la filosofía moderna, al menos, ha sido hacerle perder la intimidad, hacerle perder un modo de saber que proporcionaba precisamente un modo de conocimiento sapiencial. La naturaleza humana quedó “alterada”.⁶

Sabe Dios el tiempo en que estuvo y anduvo el hombre en “un espacio más amplio, que, por algún suceso habido en el hombre, se

ha estrechado y que el discurrir de la razón, de ella sola, no puede ensanchar” ya (ib.). ¿Qué ha pasado en el hombre? Ese espacio más amplio marcó al hombre y correspondía mejor a su naturaleza, o mejor dicho: correspondía a su naturaleza..., bien que, lo que es su logos constitutivo, a pesar de su caída, “no ha dejado de ser germinante”.⁷ El logos del hombre, la palabra, era, en aquel espacio perdido, de otra manera. Y ¿no se acuerda el hombre ahora de aquella palabra, no le queda la impresión más o menos confusa en su alma, de que hay “palabras borradas” (OR 120)? ¿Innatismo? ¿Revelaciones?

Nada de extraño que María haya hecho del caso Job una alegoría metafísica de la búsqueda de aquel estado perdido que “va más allá de sí, por encima de sí” del hombre conocido, por encima de un árbol (de la vida, claro) donde está “su forma indeleble prometida”, de suerte que el Job despojado de todo y sentado en el trono del montón de basura en que se le convierte todo su haber –una Nada positiva de ruinas y desperdicios, una sombra de la Nada böhmiana–, es visto como quien está en el apeadero o estadio ocasional del esfuerzo que representa la vuelta a su verdadera casa, y que sea, así, el justo Job no más que “una larva, un *connatus* (sic) de ser”, pero de verdadero ser ya (aunque él no lo sepa, como no lo sabe el hombre que sabe estar en la *Noche oscura*), del hombre que se busca y que advendrá –dice leibnizianamente.⁸ Y dice en carta a Reyna Rivas: “La inmortalidad es posible, Reyna, no me creas loca. La van a conseguir quizás. Al mismo tiempo que el salto a otros planetas –a algunos, no a todos–;⁹ no

⁴ Zambrano, M., *Filosofía y Poesía*, p. 121.

⁵ En Moreno, J. (ed.), *Antología crítica*, p. 254.

⁶ Es posible que Popper haya exagerado en su descripción de la destroza platónica del hombre y de la polis con su implantación de la filosofía y sus criterios. Pero los racionalismos, sin el corazón de piedad y misericordia que aportará el cristianismo..., prescindan del corazón, y no dan de sí ni una inteligencia cordial ni un corazón inteligente. Las bestias tienen corazón; el hombre llevado por la inercia mecánica de la racionalidad abstracta no llega siquiera a bestia; es monstruoso, deformador de la vida espiritual.

⁷ Moreno, J. (ed.), *Antología crítica*, ed. cit. p. 252.

⁸ O. c., p. 350 y ss.

⁹ A todos, imposible, en un universo infinito. Que es lo que quería decir una anciana sabia, llamada Concepción Esteve, que miraba una noche, con sus ojos casi ciegos, la luna a la que se dirigían los primeros astronautas: A alguna luna, llegarán; pero a la que tiene bajo sus pies la Inmaculada Concepción, no llegarán nunca.

morirán, porque se insertarán en otro tiempo o morirán de otra manera...”. Etc., etc.¹⁰ Entre aquel ayer caído y ese mañana elevado, está el hombre, este ser de fondo íntimo, de expresión y palabra, y de espíritu. Y esta es nuestra verdadera situación, nuestra situación metafísica. Si no se lee a la alejandrina Zambrano dentro de este esquema de transitoriedad y flexibilidad cósmicas de estilo leibniziano, no se la puede entender. Se incurre en lo que llamaba ella “el pecado de la obviedad” (OR 131).

3. Platón y el judaísmo

Judaísmo y platonismo se encontraron con un hombre encarnizado, identificado con la variada carnalidad animal profundamente terrestre, fuerza y fondo de su forma, de su ser de presencia/y/ofrecimiento o mirada. Ambas civilizaciones, la judía y la cristiana, fueron principalmente activas en la educación del hombre. Los profetas de Israel (que trabajaban para Dios) pusieron el acento en un pacto entre el Señor del Universo y el hombre: un pacto que obligara a cumplimiento al Señor y a su imagen, pero un pacto sellado en sangre y en perspectiva de futuro terrestre, de posesión de este mundo. La filosofía recién nacida, por su parte, a la vista del hombre, de su manera de moverse y vivir, incluido o, en particular, el de la democracia, es decir, el hombre en relativa libertad, a la vista de su torpeza insigne, pensó (Sócrates y Platón), más que en reformarlo, en un traslado del hombre a un mundo más propio que esta Tierra: ésta no sería su mundo. (Sócrates no trabajaba para Dios; en todo caso lo hacía desde su demonio interior y no desde un dictado de revelación superior y exterior). Y el poeta Platón, en un enorme acto de sinceridad pero de infidelidad a la carne, a la vida y al logos imaginativo, expulsó a éste de la ciudad, pues ésta debería moverse ordenadamente en cuanto trasunto provisional que es del mundo ideal donde las cosas son en perfección y no en un modo de ser

fallido. Y así se “inaugura en el mundo de Occidente [que perdura, que es el nuestro desde hace dos mil quinientos años] la vida azarosa, como al margen de la ley, de la poesía, su caminar por estrechos senderos, su andar errabundo y a ratos extraviado, su delirio incierto hasta apurar esta su inicial maldición” (OR 116). Salvaba las apariencias, el fenómeno de este mundo, la filosofía, desencarnándose, buscando la idea y su mundo, que sería el de la pura realidad perfecta. Aristóteles habría sido un bastardo: husmeó la posibilidad de la encarnación del logos, juzgándolo compatible con la carne y la temporalidad, con la Tierra cósmica, e intentó poner juntas en camino, de nuevo, con la *Poética* y *Retórica*, a la racionalidad técnica y a la racionalidad poética. Uniendo las dos porciones de la mente violentamente separadas sabe Dios por qué extrañas fuerzas; en vano de momento, refugiándose en el estoicismo el inmanentismo aristotélico de la forma. Así que cuando el cristianismo iba a nacer, se había fundado ya el ascetismo de la filosofía con su concepto y abstracción, prescindiendo, y aun condenando, al individuo particular y su carne vital concreta y de odisea o aventurada (OR 159).

De la carne oyera hablar María a su maestro desde el punto de vista de la razón vital. La carne es la profundidad del cuerpo y es una profundidad ilimitada; la carne sería “insondable”, “ensimismable” sin término, sería un dentro sin fin, asiento de la vida y vida ella misma, porque llega a contacto con el “núcleo íntimo”, punto metafísico o mónada o principio de la vida (OR 164. 151ss.). Por mucho que se la divida y subdivida es siempre carne, infinitesimalmente. Sin la alianza de la religión cristiana ‘afilosofada’ del Imperio de Occidente y de san Agustín, no hubiera podido el platonismo imponer el ascetismo del despojo de la particularidad y la unicidad irrepetible que se ve en la carne y que requiere un tipo de razón no abstracta para tratar de todo lo “material” y “temporal”. La anécdota que es

¹⁰ *Epistolario [1960-1989]. María Zambrano y Reyna Rivas*, Caracas, Monte Ávila ed., 2004, p. 77.

nuestra civilización nos enseña la catástrofe de una alianza de la filosofía y la religión para enviar a la poesía al cuarto trastero, o al manicomio, al exilio, a la pérdida del respeto oficial. Mutilación de la inteligencia y abandono de las condiciones de la vida, la vida que está en esta Tierra de momento, lugar del universo infinito y único.

4. *Antropología desde el Principio y el Adviento*

Del esclarecimiento del conflicto entre filosofía y poesía, crónico en nuestra civilización judío-helénica, se promete María Zambrano tal vez “la indicación de la salida a un mundo nuevo de vida y de conocimiento” (OR, p.117).¹¹ Nada menos. Mas no por occidental que sea (y, por tanto, provinciano en fin de cuentas), es episódico tal conflicto, o ha sido evitable. En efecto; en el breve prologuillo que antepone al capítulo primero (“Pensamiento y poesía”) de *Filosofía y poesía*, antes de abordar la antropología en el cuadro del desgarrar que se vive, y malvive, en fuerza de la actitud forzada de dos formas mutuamente exclusivas de la palabra y la expresión que dejan al hombre como partido “en dos mitades”, dedica María unas líneas al fundamento teológico, o último, del ser/de/palabra o logos que tiene y es el hombre, y a su historia cosmológica y (podríamos decir) teopática (OR 117s.). Se trata de algo más de veinte líneas.

El fragmento, de densidad zambrania, se apoya en los dos versículos del Evangelio de Juan más citados por María: el 1,1: “En el Principio era el Verbo”, y el 1,14: “el Verbo se hizo carne”, es decir el Verbo “descendió aquí, a la Tierra, en cuerpo y humana figura”. En esta explicación del descendimiento del Verbo se prescinde de momento del tema de la carne, tan particularmente entendido ya por su maestro desde el punto de vista inmaterial de la vida (la carne es el asiento propio de la vida y siempre tiene forma interna vital), tan singularmente explicada por Leibniz como corporeidad espiritual (la carne y el cuerpo son una emisión de la mónada), y tan intensa y al parecer heterodoxamente (por un supuesto docetismo) sentida y mostrada por ella misma, como filognóstica.¹² Porque lo que va a contar ahora en este descendimiento de la Palabra divina es la vertiente de la palabra que da al cosmos, a eso otro que es el universo y, en particular, el hombre terreno o de esta Tierra, el individuo con quien se convive para poder vivir, el cual necesita de la expresión en reciprocidad: forma corpórea y figura cósmica, es decir, el logos ‘proforikós’ o proferido, no el ‘endiázetos’ o íntimo y de dentro, que da a la vertiente eterna del Padre o abismo –según los alejandrinos Clemente y Orígenes.

Dice pues que la respuesta a la pregunta por el ser del hombre se origina y basa en lo que “era al principio”, entendido aquí como el

¹¹ Cuando se edita en España, en 1969, el libro *Filosofía y poesía* (cfr. *Obras reunidas*, ed. cit., pp.113-248) lleva ya treinta años bajo la mirada de nuestra filósofa y es como su encuadre para siempre. Las conferencias de María Zambrano en la Casa de España de México, de las que sale este libro, son (cfr. Moreno, J. *Antología crítica*, ed. cit., pp. 688-690) “nostalgia y profecía” metafísicas pero para esta historia que es la del pobre hombre. Este libro tiene calientes las letras que componen las palabras pronunciadas en 1939; le tengo por eso una querencia definitiva. Sus mismas deficiencias de redacción son, no ya un tributo a la espontaneidad y una marca personal intachable, sino la garantía del impulso que se despreocupa de los signos ortográficos para que se los ponga cada cual como alcance y se le dé. El modo de tratar los manuscritos y sobre todo los inéditos de María Zambrano requerirá discusión amplia y sincera. Los entrecomillados que siguen, sin referencia expresa, pertenecen al fragmento que indicaré.

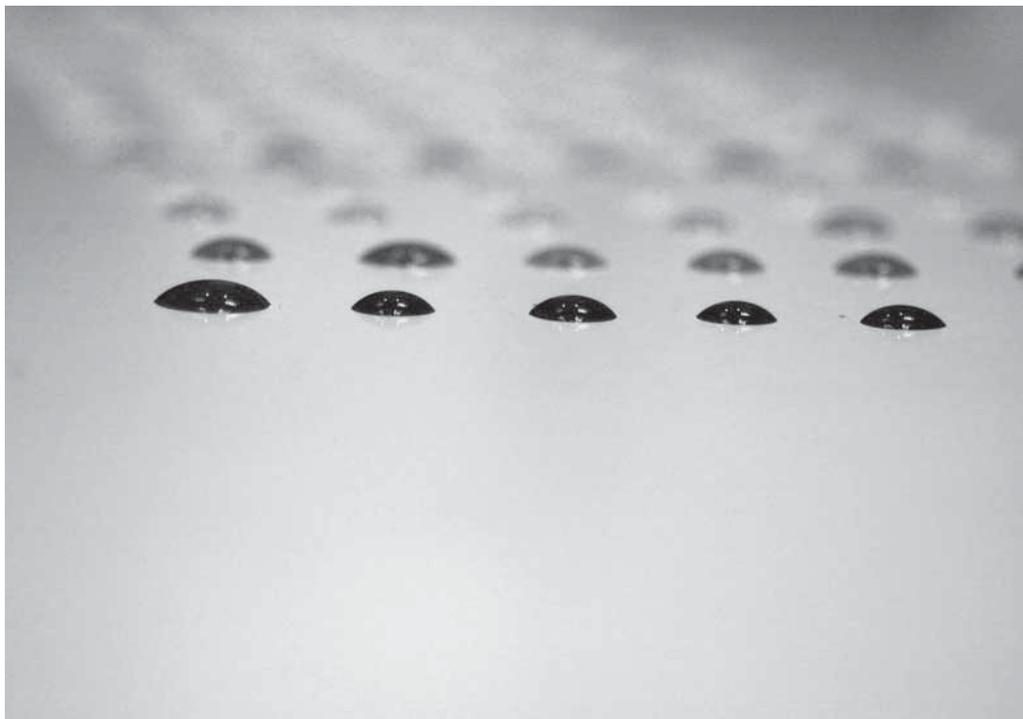
¹² Sobre el supuesto docetismo de María (a saber, que el cuerpo de Cristo haya sido aparente –y de ahí la concepción y nacimiento virginales– pero no realmente carnal como naturalmente gestado y alumbrado) habrá que hablar expresamente y dar razón de alusiones y paralelismos con el Islam en este punto. La carnalidad, según la escuela de Madrid que sabe seguir a Leibniz, es carne ‘espiritualizable’, es decir, expresable, en otras condiciones y circunstancias cósmicas, hasta términos que se teme imaginar y se pierden de vista, al mismo tiempo que, en contradicción con la concepción meramente bioquímica de la carne, se afirma su posible resurrección en una forma y figura de humanidad que está decididamente más allá de las que, con ráfagas de belleza, contemplamos sufriendo como desguace y decrepitud de lo que se recuerda en sombras, que pudo ser un día.

comienzo anterior a todo tiempo cósmico, según entendían el versículo algunos Padres de la Iglesia. Mas, lo que era al principio, el Verbo que era ya en el principio o antes de todo antes, estaba, dice María, “más allá del ser y de la nada”, en lo inefable, inimaginable e inconceptualizable: estaba con un estar que era su ser propio, en el “Principio imprincipiado” que es el Padre. En esta segunda alusión al principio, se trata del Principio personal creador del cosmos mediante el Hijo o Logos. Se nos dice que en ese Principio que está “más allá de lo principiado”, más allá de todo lo que tiene comienzo (o mejor dicho, es un ser comenzado, ser de generación o nacimiento), estaba ya el Logos eterno y personal. La cristiana María Zambrano piensa el ser y su originariedad absoluta, y pensará el cosmos y su aparición, desde el Logos íntimo del Padre que ya se revela en la aparición del cosmos y que luego desciende al cosmos en forma y figura humana. Y habrá que averiguar si esta alejandrina ve ya en la misma generación eterna del Verbo la pre-generación del cosmos. Como creo que es el caso, desentendiéndose

ella esotéricamente de si esa simultaneidad de la generación del Logos y el cosmos es cuestión sólo de hecho, o algo más, y de si, por tanto, cuando “in propria venit” el Logos (Juan 1,11), cuando el Logos descendió en forma y figura humana a su propiedad que es el cosmos, descendió con una afinidad misteriosa relativa a la gloria que tiene su Aurora en el mismo ser divino.

5. Verbo de vida y ley de vida

El Logos es “la palabra creadora que mueve y legisla al par”. Es el Logos en quien “estaba la vida” (Juan 1, 4), pues el movimiento producido de la Palabra y del que la Zambrano habla aquí, es el aristotélico, el movimiento interior o vital, como Ortega y Zubiri le enseñaron –a saber, que el movimiento aristotélico no es sólo el exterior o de colocación, sino, y principalmente, el biológico, el del alma, el de la vida de logos. Así lo pensaba también Leibniz. El Logos es “la” palabra que “mueve y legisla”: creadora de vivientes y guía de los mismos en la vida, suscitadora de visio-



Mariona Vilaseca. *Acumulació degradada*, 2009

nes y orientadora o encauzadora de la vida: logos vital, razón vital. Crea vida humana, vida en libertad y selección, es decir, vida en destinación, con todo lo que ello comporta.

Las palabras “en el principio era el Verbo” son de revelación y no de mera manifestación. Revelación es donación de luz, gracia de luz, luz gratuita. Gratuitad que no significa exoneración de experiencia –pero esta es otra cuestión aquí no pertinente. Mas dichas palabras griegas (“en el principio era el Verbo”) son culturalmente helenas, pertenecen al orbe heleno de la filosofía. En su origen son de vivencia o experiencia hebrea: luz directamente recibida del Dios único; la filosofía griega, lo que ha hecho, es traducirlas para sí en el libro llamado de la *Sabiduría* en el A.T. Si esta revelación del Logos como relacionado con el “Principio imprincipiado” o absoluto se dio, o hubiera podido darse, “en otras palabras”, es cuestión que deja sugerida nuestra filósofa, aquí sin respuesta. Pero las palabras mismas, con ser griegas, a la luz de la revelación quieren denotar una cercanía e identidad entre logos y vida, una identidad que ya se había perdido; lo reafirmaba Juan con esas palabras, fraternalmente, metido también dentro de la filosofía alejandrina. Con esas palabras helénicas de resonancia alejandrina avanzada, se “rescataba” a una razón cuyo desvío era ya tanto más decisivamente desorientador cuanto que ella, “la razón [...] es raíz del universo y del conocimiento humano”. La revelación, esto, ya lo sabía pero no se había formulado filosóficamente: Verbo y vida son inseparables en y desde la raíz misma del Universo. Y en la medida en que, por lo que sea, se separan, sucederá que desgarrarán, cruel y miserablemente, al hombre y su mundo inmediato, y al cosmos. Unidad, integridad y universalidad –es la marca del buen camino sano. (El insistente reclamo de mi descripción experiencial del concepto de integridad, que me pedía María en las *Cartas de la Pièce*, señalaba que el sujeto había de ‘enterizarse’ o integrarse reuniendo, uniendo otra vez, entera e íntegramente, sus desparramadas fuerzas para vivir

cada hora, como se hace después de la dispersión del buen combate– que otra cosa no será vivir. De la función del Espíritu y el espíritu en esta reunión o integración informará el tratado *Logos y espíritu* de próxima publicación en la editorial Siruela). Y talmente es “raíz del universo y del conocimiento a lo humano”, que por catastrófica que sea la deriva de la historia, ninguna catástrofe cósmica o humana conseguirá desquiciar definitiva e irremediabilmente la razón de la vida y la vida de la razón. El garante de esa unión “de raíz” absoluta y originaria, es el Verbo por quien todas las cosas fueron hechas, Verbo que crea y legisla, origina y encauza. La razón sola se pierde y ciega, sirve para cegar (Leibniz). La vida sin luz se hunde en tinieblas, no entiende el sentido de la oscuridad de su limitación, no sabe vivir en el océano de los posibles, de oscuridad gradual según su composibilidad cósmica en el régimen de libertad al modo humano.

“Raíz del universo”, esa metáfora, supone que el cosmos es como un árbol (la metáfora es de Böhme y de la gnosis) cuya raíz está en el Logos de la Vida y su despliegue luego en el logos “al modo humano” pero no con independencia entre el Logos eterno temporalizado y el logos temporal de eternidad en “gemido” y eviternidad laberíntica. El modo humano del conocimiento, consistente en (1) experiencia o vivencia desde el sentir individual, (2) expresión poética (no sin sapiencial inicio), y (3) posible formulación ulterior filosófica y científica –con todos sus riesgos, con sus historias y modalidades civilizacionales.

La radicalidad racional del cosmos no puede ser destruida o destituida o sustituida por nada. Y si el apóstol Pablo llama “locura” –recuerda ahí María– a la razón o sabiduría de este mundo, al conocimiento al modo humano, ello no rectifica la afirmación del otro apóstol que dijo “en el Principio era el Verbo”. Y no es inocente esta contraposición de Pablo y Juan en este breve párrafo cosmológico. Pablo no muestra ninguna simpatía por la palabra logos ni por la filosofía (cfr. I Cor.

1,20; 2,5; Col.1, 23). La sangre sacrificial del Hijo, en Pablo, es para Juan el Logos de luz. Son dos regímenes del conocimiento: el de sangre y el de luz.

6. *Lo irremediamente nuevo*

En el régimen general del Universo, “advino” (tuvo su Adviento) “algo irremediamente nuevo”. En un “determinado momento de la historia”, dice María Zambrano (colocando paulina y agustinianamente ese momento en “la plenitud de los tiempos”, Gál.4,4), se produjo el hecho (de carácter u orden cósmico por su misma naturaleza) de que se plantó en “la Tierra” ésta, que es un lugar del cosmos uno e infinito, “un ser que portaba en su naturaleza una dualidad que puede ser sentida como contradicción impensable de ser a la vez, y con igual plenitud, divino y humano”. La plenitud de humanidad del advenido no es menos asombrosa que la plenitud de su divinidad. Haya pasado en el cosmos y en el hombre lo que haya pasado, sea su historia cual sea, ese hecho de la presencia en la Tierra de la divino-humanidad verdadera y auténtica, eso ha sucedido en efecto, es un hecho de proporciones de realidad metafísica absolutas, es algo nuevo en el cosmos y es “irremediable”, irreversible, porque se trata del mismo logos de la creación u origen del universo. “La razón, el logos [advenido] era el de la creación [del cosmos] sobre el abismo de la nada”. Y tenía rostro humano, y era el rostro divino del Logos que por lo visto cabe en la “figura humana”, en el cuerpo humano. ¡Esta sí que es una “locura”, esta revelación, habría que decirle al Pablo que llamó locura a la sabiduría de este mundo, a la razón cósmica con todos sus desvaríos! El origen absoluto y su intención primordial, el Principio imprincipiado, se presenta mediante el Logos en esta Tierra y casa del mundo, que es su propia casa (Juan 1,11), pero que llega a no parecerlo y a ser una casa “ordenada” y “guiada” por un demiurgo fundamentalmente torpe, dado el estado precario y confuso de la razón que, de hecho, *es* el hombre:

“vino a su casa”, tal como traduce el andaluz Juan Mateos S. J. (*Nuevo Testamento*, de Editorial Almendros, Córdoba) “in propria venit” Pero su casa estaba tan arruinada que no reconocieron al Verbo en su rostro humano y en su modo de conocimiento humano. Ya sabemos pues qué es la Tierra: el lugar donde se llega a no reconocer ni aceptar al logos que era al principio y es en el Principio. Y ahí llegan la filosofía sin poesía y la poesía sin filosofía, cada una a su manera.

7. *La luz y la vida como amor menestero*

“La palabra divina Fiat lux” [Génesis, 1,1-3], “descendida aquí en cuerpo y humana figura”, es la misma que se cernió “sobre el abismo de la nada”. María entiende “las tinieblas sobre la faz del abismo” de Génesis 2, como “el abismo de la nada”, pero la nada böhmiana que es la plenitud de las posibilidades del ser que bullen en el fondo de la infinitud sagrada del Principio imprincipiado y de su Logos, “más allá de la naturaleza y del hombre”. Infinitud que bulle en forma monádica en el fondo de cada individualidad. Es la Tiniebla del Areopagita vista desde Leibniz.

Tal nada se parece “a la sombra de un todo que no accede [o se presta] a ser discernido”, explicará en *El hombre y lo divino* (“La última aparición de lo sagrado. La nada”), dado que esa nada es “el vacío de un lleno compacto, [lleno] que es [el] su equivalente [del vacío mismo]...la negativa muda informulada a toda revelación”. Esa nada es “lo sagrado puro” (ib.). Sobre ello se cierne la Palabra divina y, por lo tanto y luego, la humana, la razón humana, que si no es creadora o poética, podrá ser muchas cosas lamentables, mas no razón de la vida, razón poética: creadora de nuevas aperturas, nuevas y bellas, que diría Leibniz.

Lo que queda más allá de esa nada es el infinito actual, la infinitud del ser, el cual es amoroso (que es bastante más que el “expansi-

vo” Bien platónico): es *con-natus*,¹³ naciente, connecedor, de querencia al nacer, y en esa amorosidad tiene su punto flaco, la raíz de su inclinación a dar y darse. Lo sagrado puro es la infinitud de posibles que “gimen” por entrar en el ser; gimen o pugnan y empujan por su composibilidad, diría Leibniz bellamente, y gemirán aun cuando entren y hagan efectivamente cosmos porque, como seres de nacimiento, necesitarán que se les diga su nombre y se les manifieste su verdadero rostro. Además de que metafísicamente se nace cuando se puede... Condición del ser de contingencia que no sentirá ni entenderá nunca el ser como obvio; que habrá de aprender a querer y ser querido, a ser sencilla y mera criatura: el “ser menesteroso” que hay en el fondo irremediable de todo ser viviente. “Más allá de todo lo principiado”, en el último recodo del ser, hay el amor menesteroso que hará entender el advenimiento del Logos a este su mundo como la escapada metafísica en busca del otro, tanto más otro cuanto más propio. Lo verán y dirán así los místicos, seguros ellos de la enfermedad del ser viviente: menesteroso de amor. Estar en la tiniebla y el abismo es sinónimo de estar en el Origen, en el Padre.¹⁴ Mas “el proyecto de ser, de vivir en acto puro” es irrealizable. El malestar de la contingencia, la sensación de oscuridad y perdición es propio de un modo de conocimiento como el humano, y de toda criatura. El ser/de/pensar que es el hombre ha de vivir las cosas padeciéndolas y trascendiéndolas. Es un logos oscuro como ha sabido decir Jesús Moreno. Pero dejemos esto, dice María: atengámonos por lo pronto “a la situación presente” cuya profundidad en la desgracia podemos medir ahora ontológica-

mente: la existencia del ser/de/palabra que es el ser humano se realiza en el océano infinito de posibilidades, en su entramado misterioso, estrictamente misterioso más que meramente problemático. Y ese entramado particular en cada individuo es el destino. El espacio o medio del hombre es el misterio, que comprende ahora también la caída a una existencia de desgarros.

8. Las acomodaciones del Logos¹⁵

¿Qué mucho que el Verbo se acomode y condescienda a la vida en todos los tonos y modos que la vida necesite, y que la palabra sea poética de suyo por cuanto pueda encontrarse el “poro” por donde se trasciende y le sale espontáneamente plurirreferencia a aspectos inagotables e impensables del cosmos, en su esfuerzo por nacer a luz, allá incluso donde se la usa con violencia?

No hay palabra que no sea poética o creadora y unidora en su mismo origen. Toda palabra es fruto de una metáfora, dado que toda inteligencia de alguna cosa se alcanzó porque se la comparó con otra ya entendida; los rastros de ese origen los enseña la Etimológica y los explica la experiencia de la vida del hombre. Luego, toda palabra es inquieta porque está en la inquietud de la mente y toma variaciones según reflejos que va recibiendo. Es una creadora que no cesa, porque el viviente es esencialmente único y autotrascendente: el viviente es ser naciente, ser en nacimiento perpetuo, en horizonte cambiante y en destinación única. Es un ser de revelación que, un día, se dedicó a buscar e inventar, incluso a

¹³ Como muy bien subraya y escribe María (con dos “nn”), porque no quiere (hay que suponerlo con fundamento) que esa palabra venga de ‘conor’=esforzarse, intentar (muy clásica); sino de ‘con-nascor’=nacer junto con (de empleo más llano contra lo que de entrada podría pensarse). Los dos verbos son deponentes y dan un participio agente semejante y un sentido no contradictorio, pero de diferencia imaginativa y alcance de mucho fuste. Leibniz enseñaba que la muerte es cosa muy relativa y que “muy bien podrían darse otras muchas [clases de] resurrecciones”... “Es natural que el animal que siempre ha sido vivo y organizado, permanezca siempre así” y vaya encontrando forma de vida en otras condiciones cósmicas, por lo que hace a la mente o viviente racional. Cfr. *Nuevo sistema de la naturaleza*, nº 7.

¹⁴ Cfr. Andreu, A., *El Logos alejandrino*, Madrid, Siruela, 2009, p. 75 y nota 43.

¹⁵ Expondré en mera enumeración de títulos de capítulos, casi, lo que, en fuerza de la limitación solicitada, no me es posible hacer de otra manera. Lo indico sólo por sugerir los desarrollos que se requerirían.

despreciar lo dado graciosamente, y a demiurgizarse su existencia entendiéndola con la reducción trágica a lo mecánico y tecnológico, a lo manejable. Pero por más que el desgarramiento entre poesía y filosofía (que es el caso al que se reduce en su estudio María) (ib.117) llegue a establecerse como estructura de una época o de una civilización, por más que se enfatice y exagere y degenera, no obstante “poesía y pensamiento” podrán “concertarse en una sola forma expresiva” (115), pues “son dos formas de la palabra”, del Logos (116): el hombre es “un ser necesitado de ambas” (117), son “formas del saber y la expresión”, formas esenciales (115). Son “dos mitades del hombre” (116).

El Logos es multiforme, como la vida en su infinitesimal infinitud. Hay saber analítico, sintético, empírico, deductivo, inductivo, narrativo, imaginativo, histórico, lírico, inefable o místico... Instinto o circunstancia pueden caracterizar a una inteligencia individual, pero sobre todo es la libertad alimentada de pasiones la que puede unilaterizar una dimensión de la razón hasta el punto de excluir a otras. Y estos exclusivismos son “la causa de tantas vocaciones malogradas, de angustias sin término anegada en la esterilidad, de enajenación” (OR 115). E incluso de la desaparición de una cultura o hasta de una civilización: hay extremismos y exclusivismos que degüellan, extinguen por aburrimiento incluso, por parálisis, haciendo imposible la vida. Así es el hombre que encontramos en la historia, con “su querer ser”. En nuestro caso occidental, nuestra época moderna se caracteriza por el concepto abstracto y su violencia aplicable

tecnológicamente, destructoras por comisión y omisión, de la vida. La individuación, en su constitutiva infinitud vital y personal, luchará, con mayor o menor acierto, por escapar de esta cárcel del concepto, que no advierte que está, íntima e inexorablemente, desbordado por el contenido implícito desatendido o negado, que acabará evocado y liberado por la lírica que es la palabra más libre sostenida por el corazón más generoso y sufrido. ¡Matemáticas y lírica para la escuela! –eso nos la salvará y salvará el futuro del hombre! Y la guía de la otra Ilustración que pedía Leibniz, el filósofo-poeta.¹⁶

En nuestra civilización y modo de vida (por nombrar así a la falta de civilidad que nos caracteriza y al vivir maldesvivido que nos propinamos), hoy, la reunión de filosofía y poesía es cuestión de salud mental y social. Hemos de partir de que “este hombre que conocemos y que se nos impone” no es “el” hombre ni mucho menos. Es un desequilibrado peligrosísimo que produce cinco mil muertes de niño cada día, por falta de agua potable. Hay de todo para remediarlo (agua, envases, transportes...), falta conocimiento cordial, impulso generoso, visión creadora o poética para transformar las malas leyes que malencauzan las obras y actuaciones del hombre. Esta historia moderna que estamos haciendo, no es la historia verdadera del hombre.¹⁷ Nos estamos engañando a nosotros mismos y a los demás. Si alguien tenía que cometer en la experiencia de la Humanidad ese error de desnaturalizar la vida, arrancándole la razón para menesteres abstractos, aquí estamos nosotros, los errantes, los aberrantes, que lo reconocemos. Reconocemos que, de la razón divina de

¹⁶ Creí en tiempos ser yo el único que llamaba poeta al que, textos e historias repetidoras, siguen llamando racionalista: a Leibniz (cfr. “El poeta Leibniz y el teólogo Machado”, en *SIBYLA*, revista sevillana); así lo hice en ejemplar que deposité en la mesa-aparador de la Fundación María Zambrano, y que desapareció súbitamente en su día, sin saber nadie cómo ha sido. Pero Cansinos-Assens llama a Leibniz poeta-filósofo en su estudio introductorio a su traducción de las OC de Goethe (Aguilar). Como igualmente hacen don Antonio Machado y María Zambrano. Tampoco falta quienes, al leibniziano poeta Mairena, quieran sacarlo de filósofo, de que se le tome en cuenta como filósofo, como si no tuviera tantos motivos como Hölderlin –otros, pero tantos, o más– para ser visto como pensador avanzado. Leibniz se guiaba por la belleza hasta de una fórmula matemática, por cierto cuanto más sencilla, mejor. Acertará quien presuponga como inspiración, en el trasfondo de la filosofía zambranianiana, a la monadología, tal como también sucede en Machado.

¹⁷ Cfr. Andreu, A., *María Zambrano. El Dios de su alma*, Granada, Comares, 2007, pp. 56-58.

infinitos aspectos, la que se “reparte por todas las entrañas” (como en cita de Empédocles dice María), del Logos divino creador, hemos hecho razones despiadadas que tanto más desgarran al ser y tanto más lo destruyen: la razón confesional, la razón nacional, la razón racista, la razón lingüística, la razón de los elegidos (unos u otros, por turno), la razón sexuada o de género (también por turno en la prehistoria y la historia)...

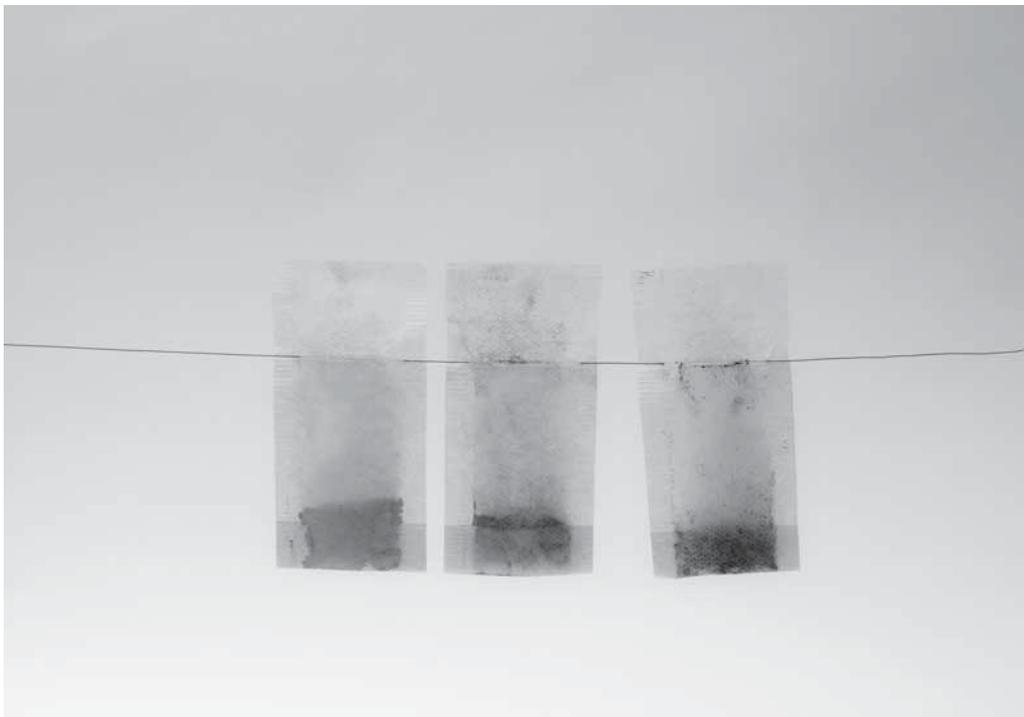
A la filosofía le nace de suyo la poesía, y a la poesía le nace, también sin más, la filosofía.

María significa además la necesidad de pensar los misterios del cristianismo y de las religiones, sus liturgias y formas populares: su mitología, para alimento sano de la filosofía. No creo que las universidades confesionales

que conozco lleven a cabo esa tarea. Pero ahí se guardan tesoros que los olvidos y desatenciones metodológicas y farisaicas de unos y otros, dejaron caer, y que María no dejó nunca de habitar y cultivar.

Hay una “lógica divina” de la que está cerca la “lógica de la vida”, lógicas que acabarán por echar por los suelos otras lógicas estúpidas y criminales. “[María Zambrano] anuncia en toda su apasionada riqueza un estado de espíritu que ya es el de muchos. Nostalgia de un orden humano, búsqueda y profecía de un Logos lleno de gracia y verdad. Y esta angustia alcanza en María un tenso, hondo equilibrio.”¹⁸ Habla Octavio Paz. ¡Vamos al alcance de ese tenso y hondo equilibrio!

Campanar, febrero 2009.



Mariona Vilaseca. *Acumulació*, 2010

¹⁸ Moreno, J. (ed.), *Antología crítica*, ed. cit., p. 689, nota 43.